

manifestacion de la constancia de Leopoldo en su ausencia, y despues de acariciarla conmovida, salió tristemente, enviándole desde la puerta su última mirada.

Pasado un instante, Inés y la hermosa Clotilde entraban en el carruaje.

Don Emilio, Duval, el doctor Willey y algunos criados, montados en briosos coches, se colocaron detras del coche para custodiarlo.

Poco despues el carruaje partió hácia el Molino de Flores, seguido de las personas que dejamos indicadas.

## CAPITULO XXII.

### El Molino de Flores.

A distancia de legua y media de la ciudad de Texcoco, rica en históricos recuerdos y émula digna de la antigua Atenas, en medio de alegres y pintorescas colinas, que parecen desvanecerse en el horizonte dulce y suavemente proyectando caprichosas y flotantes nubes de brillante esmeralda, se encuentra reclinado, á la sombra de copudos y elevados fresnos, como una amorosa y tímida gacela que busca en la verde espesura de los bosques su reposo, el risueño y poético Molino de Flores, encerra-

do en un círculo de grama y de verdura, como un ramillete de fragantes rosas en una elegante taza de Persia, esmaltada de oro y de exquisitas perlas.

Hasta no hallarse próximo á este delicioso punto, nada indica á los viajeros la existencia de las bellezas naturales que atesora; pero cuando la distancia es menos larga, se presentan á la vista, como brotadas del fondo de la tierra, las blancas azoteas del Molino, cuyo edificio parece elevarse al cielo á medida que el viajero avanza, llevando debajo un campo de árboles y flores, como un inmenso globo se eleva suavemente sosteniendo en su base la elegante canastilla en que marcha el atrevido aeronauta.

Inés y Clotilde asomaron la cabeza por la portezuela del coche para poder admirar el bellissimo panorama que se describía á su vista.

Poco despues atravesaron un ligero rio; dejaron á la izquierda un bosque, y pasado un breve tiempo, penetraban en el largo y espacioso patio del edificio del Molino.

Don Emilio desmontó del caballo, y lo mismo hicieron Duval y Willey, entregando los corceles á los criados.

Clotilde, temiendo que alguno de los dos últimos le ofreciese el brazo, suplicó á Inés que bajase del coche antes de que se acercaran, y apoyándose en su brazo, echó á andar lenta y débilmente hácia los jardines de aquella poética mansion.

La jóven y cuantos le acompañaban, quedaron absortos de admiracion ante el magnífico y sorprendente espectáculo que presentaba allí la fecunda naturaleza.

Y tenian razon para maravillarse.

El espectáculo no podia ser ni mas agradable ni mas sublime.

En medio de risueñas y poéticas colinas, engalanadas de brillantes flores, gigantescos árboles, verdes arbustos y silvestres plantas, se encontraba el pintoresco Molino de Flores, como un oasis escondido en medio del desierto.

Por en medio de la grata superficie que se extiende como una matizada alfombra

de colores, por el desigual, pero exuberante suelo que embalsama con sus yerbas aromáticas el agradable ambiente, se desliza espumoso y trasparente, con armónico murmullo, un abundante y bellissimo torrente que, cayendo de una de las mas risueñas colinas que le circundan, corre mansamente como una ancha cinta de bruñida plata, ó como un brillante espejo, en cuyo fondo se dibujan claramente los árboles, los peñascos, los arbustos y las flores, que embellecen aquel delicioso oasis del Anáhuac.

Allí, bajo la bóveda formada por un hermoso peñasco, que sobresale de la montaña como un pabellon caprichoso de la naturaleza, paga abundante tributo parte del torrente que, deslizándose por la sólida presa construida en la base de la colina, presenta un delicioso baño, defendido de los rayos del sol y de los vientos, brindando sus claras y transparentes linfas dulce consuelo á las personas que anhelan mojar en ellas sus fatigados miembros.

Enfrente, y salvando la inmensa profundidad por donde corre en su mayor parte

el rico manantial que fecundiza aquella poética mansion, propia de las Driadas y de las Nereidas, posesion un tiempo del suntuoso rey Nezahualcoyotl, se descubre otra bellissima colina, en medio de la cual se mira una pequeña capilla, abierta en la parte que forma su elevada y natural pared, en una de cuyas anchas piedras se vé grabada la imágen del Salvador, ó de la Peña, como es conocido, por haberse aparecido en ella, segun la piadosa tradicion que se conserva en el país.

En esta capilla, donde nada ha fabricado la criatura humana, donde todo es obra de la admirable naturaleza, y á la cual se pasa atravesando un ligero puente construido en la cima de las dos montañas, por debajo del cual corre murmurando el agua del torrente, no se puede penetrar sin caer de rodillas ante la imágen del Salvador, conmovida el alma por la grandiosidad, por la belleza imponente, por la sublime sencillez de cuanto le rodea y le patentiza el poder y la omnipotencia de Dios y la miseria y pequeñez del hombre.

Es preciso haber visto esa reunion de objetos sublimes y eterogéneos que constituyen el conjunto armonioso y sorprendente de ese pequeño eden, encerrado en un círculo de suaves y pintorescas colinas, para comprender toda la belleza que atesora.

Ellos son las divinas páginas de ese inimitable libro de la naturaleza, escritas por la prodigiosa mano del Omnipotente; el himno celestial de melodiosa rima, donde lee el hombre, en caracteres eternos y palpitantes, lo que nunca podrá escribir, lo que nunca podrá expresar, porque no es dable á su pequeñez y limitada capacidad encontrar voces que hagan perceptibles la delicada y admirable mezcla de ternura, de admiracion, de asombro, de sorpresa, de respeto y placer que entraña cada emocion, cada sentimiento del alma.

Para poder expresar los afectos íntimos del corazon, seria preciso que el hombre inventase un idioma en que pudiese dar á la palabra ese espiritualismo, esa uncion, ese encanto celestial que se comunica al alma por medio de los sentidos.

El sentimiento es perfecto, como inspirado por Dios: la palabra es imperfecta, como obra de la criatura.

Hé aquí porque nunca el idioma de los hombres ha podido ni podrá jamás nivelarse con aquel, ni ponerse á la altura de nuestras concepciones.

En medio del pequeño paraíso que describo, y que los viajeros contemplan absorotos, el oído, el olfato y la vista, perciben de un golpe el ruido del torrente, de las hojas de los árboles, el canto de las aves, el aroma de las flores, de las yerbas, de las plantas, los distintos matices de todos los objetos, del agua, de las flotantes nubes, del trasparente cielo, del refulgente sol, de la brillante luz; y mientras el alma absorota y conmovida se siente inundada á la vez por la influencia que ejercen sobre ella tantas maravillas, al intentar describirlas, la palabra desvirtúa el sentimiento; porque ninguna de ellas entraña en sí sola el significado del consorcio de emociones distintas, pero armónicas, que embriagan al contemplativo observador.

El curioso recorre contento y alegre estos sitios para satisfacer un deseo y agregar, á la relacion de lo que ha visto, un objeto mas con que amenizar la conversacion; el creyente se estremece de asombro, lee la omnipotencia del Hacedor Supremo, y le adora y le bendice; el pintor concibe bellísimos cuadros de sublime colorido, de tintas frescas, de contornos admirables que inmortalicen su nombre; el historiador se trasporta á los pasados siglos, á la brillante época de los reyes texcocanos que, llenos de gloria y poderío, habian descansado de las fatigas del Estado en aquel mismo recinto, rodeados de sus intrépidos guerreros, ó bien al lado de sus numerosas y encantadoras concubinas, de ojos negros y hechiceras formas, adornadas de brillantes perlas y de finas diademas, pendientes y brazaletes de oro; el novelista y el poeta de ardiente imaginacion, encuentran aqui una fuente perenne de recuerdos históricos, retroceden á la floreciente época de los príncipes confederados, excudriñan todos los objetos, se introducen en los misterios

tradicionales de aquella edad de oro; ven al ilustre Nezahualcoyotl seguido de sus favoritos, ora recorriendo con el dorado arco en una mano y la ligera flecha en la otra, aquellos deliciosos sitios, persiguiendo al tímido pájaro de brillante plumaje, que se esconde en la espesura de los árboles para salvar su vida; ora entregado á los blandos coloquios con las musas, escribiendo las sentidas poesías que el historiador Ixtlilxochitl nos ha dejado traducidas al castellano de su real progenitor; ya paseándose triste y melancólico, á orillas de los numerosos estanques que distribuían el agua por diversos canales que cruzaban los jardines salpicando de transparentes gotas el luciente pétalo de las fragantes flores, recordando los heehizos del primer objeto de su amor, con quien no pudo unirse por haberse enlazado en secreto la princesa que adoraba con un jóven de ilustre familia; ya, en fin, consolado, alegre y amoroso, descender por preciosas escalinatas de jaspe al fondo de la selvática quinta en que habia hecho erigir pórticos y pabellones de mármol, y don-

de le esperaba sonriendo y cariñosa, saliendo de alguno de los poéticos baños escavados en el macizo pórfido, suelta la negra cabellera, y vertiendo aljofar los carmineos lábios, alguna de sus mas hechiceras concubinas, ó bien aquella seductora jóven que, habiendo perdido en una batalla al anciano señor de Tepechpan, á quien estaba prometida y á quien no amaba, se unió amorosa al jóven y arrogante príncipe, en cuyos brazos encontró la felicidad.

La vez primera que penetré en este bellísimo recinto, mi corazon se conmovió profundamente por los recuerdos que evocaban aquellos árboles, aquellos peñascos, aquellas flores, aquella gruta, aquel torrente que encerraban la historia de los reyes y de los imperios que se habian sucedido.

Inundada mi alma de un sentimiento indefinible, tierno, religioso y grande, no pude resistir á la sublime emoció que afectaba toda mi existencia, y me separé de los leales amigos que me acompañaban, para poder desahogar en llanto el placer que re-

bosaba en mi pecho, sin que ninguno de ellos sorprendiese mis lágrimas.

¡Nunca olvidaré aquel delicioso instante! Siempre se asociarán á él los gratos nombres del ilustrado inglés D. Guillermo Hay, del entendido médico D. Manuel Peredo, del recto y apreciable prefecto D. Antonio Fores y D. Manuel Valle, personas todas de mi singular aprecio, que me colmaron de atenciones desde que tuve la dicha de pisar el suelo texcocano, y á las cuales me complazco en manifestarles mi eterna gratitud en estas mal trazadas líneas.

Pero si grandes son las bellezas que la naturaleza ostenta en ese mirífico vergel que realiza los floríferos pensiles de las *Mil y una noches*, y que embelesan á la hermosa Clotilde, no son menos las que presenta el arte y el buen gusto de los hombres.

Allí, á los primeros pasos, no bien penetraron en el perfumado eden que nos ocupa, dejando atras el edificio del Molino de Flores, de donde ha tomado el nuevo nombre aquel delicioso sitio; molino que ocupa

el mismo lugar en que se ostentaba uno de los magníficos palacios de recreo del rey Nezahualcoyotl; pasando un ligero y pintoresco puente, por debajo del cual corre en abundancia y formando agradable murmullo, el agua, encontraron á la izquierda un risueño camino en posicion ascendente, con preciosas y suaves escalinatas, y orillado en ambos lados por elegantes macetones provistos de una llave, de donde brota en abundancia, y á una elevacion considerable, el agua, describiendo un arco ó bóveda, por debajo de la cual marchaban sin mojarse y admirando aquel juego hidráulico, celebrando la dicha de haber visitado uno de los puntos mas poéticos que embellecen los alrededores de la antigua córte de los reyes texcocanos.

¡Lástima que esos graciosos caprichos del arte, debidos al delicado gusto y empeñoso cuidado del señor D. Francisco Loria, y que eran, por decirlo así, hasta hace poco, las joyas y el elegante tocado que engalanaban la natural belleza de la emperatriz de las florestas, empiecen á verse abando-

nados por las personas que hoy habitan en ese delicioso sitio!

Despues de pasar por debajo de esa bóveda de transparentes linfas, penetraron en otra de verde y bellissimo emparrado, de donde cuelgan dorados racimos de dulce y delicada uva, remedando las graciosas molduras de un techo arabesco de esquisito gusto.

Poco despues, y caminando siempre bajo la sombra de los copudos árboles, y aspirando el regalado aroma de las flores que á uno y otro lado bordan el camino, como las perlas que orlan la rica alfombra de los fastuosos reyes de Persia, se presentó una larga y espaciosa glorieta donde tienen lugar los bailes y los banquetes en los alegres dias de campo.

Desde esta glorieta, adornada por uno y otro lado de asientos de piedra, y cobijada por los elevados árboles que le custodian, defendiéndola de los rayos del sol, se disfruta de una de las vistas mas deliciosas que pudiera concebir la mente creadora del mas fecundo de los poetas.

A su espalda se levanta risueña y apacible una suave colina, formando un esmaltado jardín, adornado de pintorescos cenadores, velados por verde enramada entrelazada con azules, blancas y amarillas violetas: á sus piés, y en el descenso hasta llegar al fondo por donde corre entre inmensos peñascos el agua del torrente, se extiende una brillante alfombra esmaltada de encendidas rosas, en cuyos nacarados pétalos tiemblan las blancas gotas que despide el torrente, remedando un cielo de fúlgidas estrellas que compite en esplendor con la celeste bóveda en que se ostenta el astro lumínar del día; y por do quier que se extiende la vista se encuentran grutas, arroyos, cascadas, presas, árboles, pájaros y flores, que hacen de aquel sitio el delicioso paraíso de Mahoma.

Clotilde no pudo reprimir un suspiro que exhaló el corazón profundamente conmovido.

Aquellos sitios despertaban en ella la dulce memoria de su querido Leopoldo.

Dotada de una alma inapresionable, sen-

sitiva y tierna, los objetos exteriores ejercían sobre ella una influencia magnética que la inclinaba á la melancolía y á la meditación.

Su corazón virginal, dispuesto siempre al sentimiento y á la ternura, estaba amorosamente conmovido ante el sublime espectáculo que la rica naturaleza ostentaba en toda la plenitud de su grandeza.

—¡Cuánto hubiera gozado él aquí!—Se atrevió á decir á Inés en voz baja y armoniosa.—¡Cuántos cuadros le hubieran inspirado estos lugares donde el aura, las flores, el agua, las aves, los peces, los árboles y el cielo están respirando amor!

—¡Es verdad!—Contestó Inés, velado su semblante por la tristeza y el dolor.—¡Todo respira aquí amor! Cada objeto de los que miro, me recuerda á mi inolvidable Ricardo, al hombre que gime en una ignorada prisión, sin más consuelo que la esperanza de mi cariño. ¡Cuántas veces me habló de este encantado recinto, en cuyos árboles escribió, lleno de pasión, mi nombre junto al suyo! ¡Ah! ¡y era verdad! ¡Los he visto gra-

bados en la corteza de los fresnos que hemos dejado atrás!

Y los ojos de la hermosa Inés se cubrieron de lágrimas.

Clotilde iba á contestar; pero la presencia de un hombre que bajaba de la capilla practicada en la colina de enfrente, descendiendo hasta el fondo en que corría el torrente, enmudeció su voz y atrajo su atención.

El hombre era jóven y de gallarda presencia.

Su traje era sencillo, pero elegante, y propio para montar á caballo.

Después de haber bajado hasta el puente, quedó en medio de él de pié, inmóvil y con los ojos fijos en el agua que corría por debajo, como si estuviera entregado á serias reflexiones.

Clotilde le miraba con interés.

Parecía que debía ser algun desdichado amante que buscaba la soledad para pensar en el objeto amado, y esta consideración era bastante para que le inspirase compasión.

Después de un momento de permanecer en aquella actitud, el jóven sacó un pañuelo que acercó á los ojos.

¿Era para enjugarse alguna lágrima de amor ó de emoción ante el grandioso espectáculo de la naturaleza?

De repente levantó la cabeza para dirigir la vista á los objetos que descollaban en la cima de las colinas.

Entonces la hermosa pudo descubrir sus facciones, y se estremeció ligeramente.

—¿Qué tienes, hija mía?

Le preguntó Inés que sintió el movimiento instantáneo de la expósita.

—¿No vé vd. allí abajo, inmóvil sobre el puente, un jóven?

—Sí.

—¿Y no distingue vd. quién es?

—Sí; pero temo equivocarme.

—Igual cosa me pasa á mí.

—Luego crees conocerle.

—Sí.

—¿Quién es?

—¿No le parece á vd. que es Nuñez?